

EL ALMA, ANHELO HACIA LA LUZ



RAYOS

3

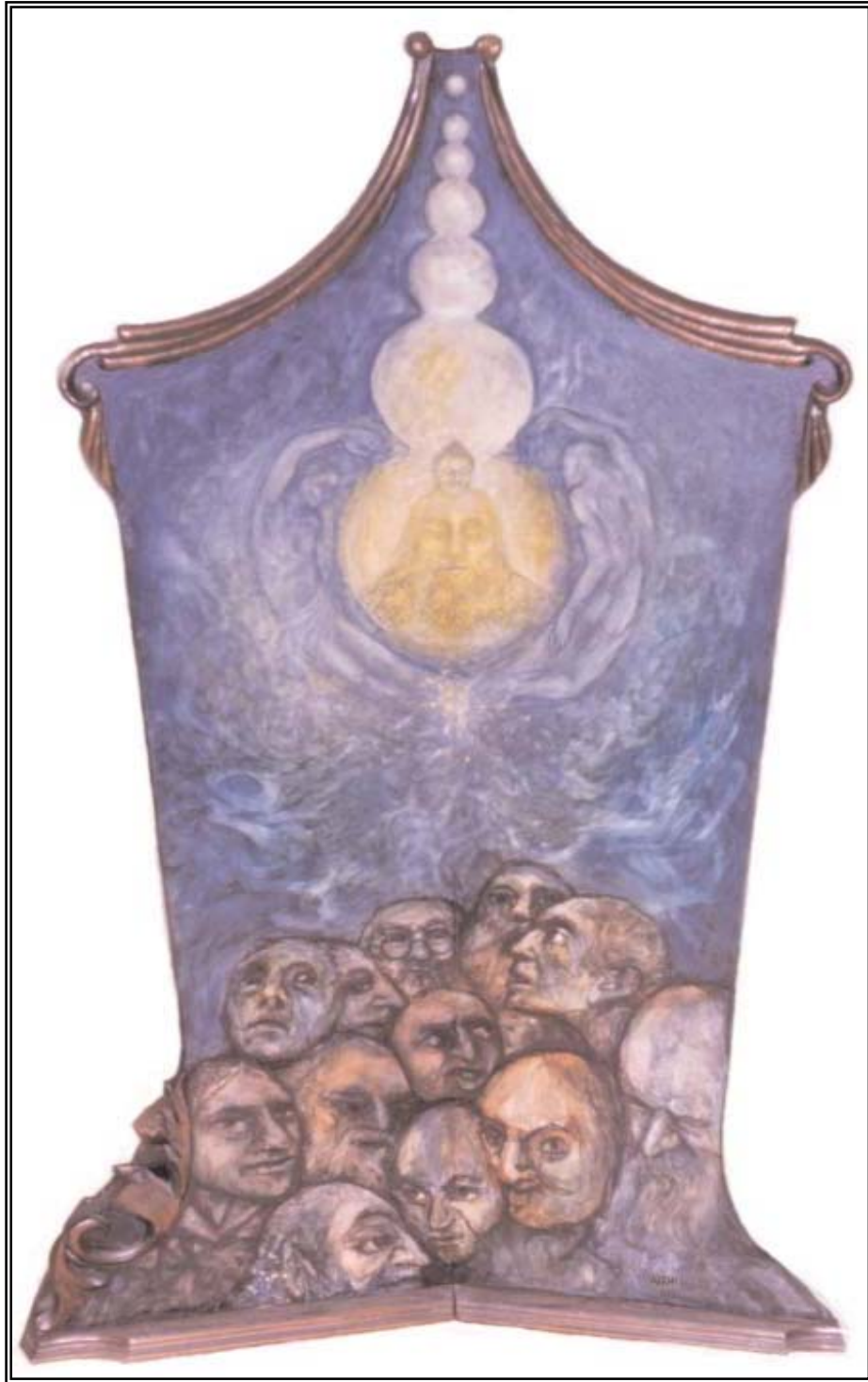
*Nadie es pobre, Oh Bhikha.
Todos tienen rubíes en su fardo;
Pero Él no sabe desatar el nudo,
Y, por tanto, es un indigente.
- Bhikha Sahib (1713-1763)*

Camino a Tangiers, llegué a Greenwich Village, en New York. Con el plan previamente acordado, iba a conectarme con un amigo artista de Los Angeles, quién tenía nuestros tiquetes y el dinero para el viaje. Nevaba mientras esperaba en Washington Square, donde las fuentes ya estaban congeladas. Las horas pasaban sin ver un solo rostro familiar. Cuando cerraron la última cafetería, estaba en la calle, congelándome, pensando con nostalgia en mi madre, en mi destino y en mi supervivencia. Con la maleta en la mano, menos de cuarenta dólares, zapatos suaves y ropa ligera, caminé sin rumbo a lo largo de las calles frías, esperando calor y refugio. Había una extraña belleza en aquellos copos de nieve que se arremolinaban alrededor de las frías luces de la calle. De alguna manera, esa larga noche y las demás que siguieron, sobreviví.

De acuerdo con un proverbio hindú, una espina se usa para remover otra espina. El sufrimiento puede ser un fuego para consumir la escoria y el estímulo para el viaje. Después de algunas dificultades encontré una habitación y un estudio. Mientras pintaba por largas horas, algunas veces de 18 a 20 horas diarias, preparando otra importante exposición, mi búsqueda, que parecía un carbón ardiente bajo cenizas apagadas, quedó al descubierto por la acción de un viento favorable y volvió a encenderse.

En el sótano de Weiser Books, encontré, las *Cien Mil Canciones de Milarepa*, escritas por el gran santo medieval del Tíbet; *Con Místicos y Magos en el Tíbet*, escrito por Alexandra David-Neel; *El Secreto de la Flor de Oro*, un texto sagrado del misticismo Chino; *Todos y Todo* y *Encuentros con Hombres Notables*, por G. I. Gurdjieff; la biografía del silencioso sabio Ramana Maharshi de Osborne y trabajos de Sri Aurobindo. Mientras el mundo exterior estaba cubierto con un sobrecogedor manto de nieve blanca y eternamente profunda, solo en mi habitación, fue pintado en óleo *The Arising (El Surgimiento)* en el

RAYOS

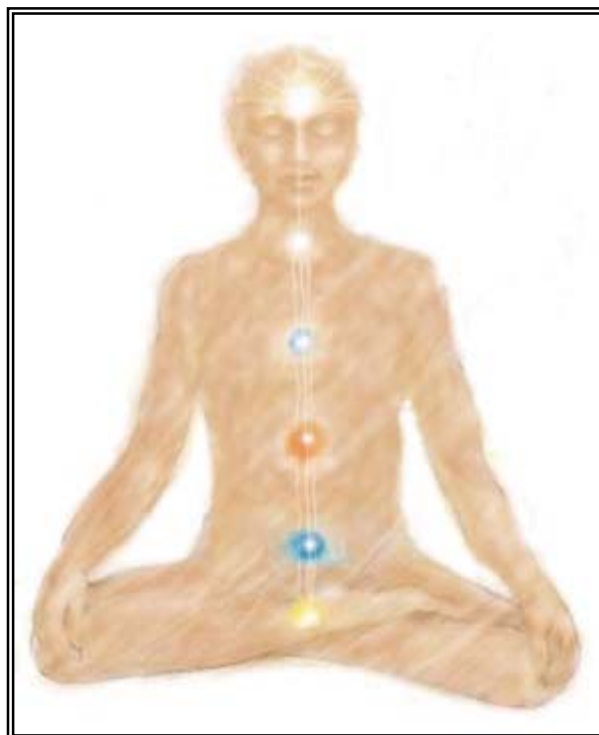


respaldo de un antiguo mueble de madera con espejo, intenta representar los diferentes rostros de la condición humana: codicia, avaricia, ira, lujuria, confusión, vanidad, etc. Entre ellos se aprecia en lo alto una maravilla en el cielo: el Buda/Cristo iluminado, rodeado por dos guardianes. Se ven esferas luminosas emergiendo de la cabeza, regiones internas

RAYOS

superiores de conciencia, para ser alcanzadas por el buscador de la iluminación (empezado en 1964, todavía sin terminar). Dentro de la esfera de la imaginación, me volví un yogui privilegiado dentro de una gruta entre peñascos y cañones vecinos con paredes profundas, donde las ventanas eran las entradas a las cavernas.

Después de dos años, de nuevo comencé a meditar diariamente. En ausencia de un guía espiritual, desarrollé una simple técnica de visualizar dos triángulos, uno arriba y otro abajo, uniéndolos con el ojo de mi mente. Si la concentración era inquebrantable, en el momento en que se interceptaban, una Luz espiritual inundaba la oscuridad. Después de alguna práctica, el resplandor comenzó a revelar la presencia de una figura brillante en su centro, una forma resplandeciente y con un poder muy intenso, cuyas características no se podían distinguir. Yo acepté esto como el Buda, el Cristo, el Ser iluminado.



Vi mi cuerpo astral transparente, con sus multicolores *chakras* revelados con ardiente intensidad. El secreto de *T'umo* o calor yoguístico empleado por los yoguis tibetanos en condiciones de temperaturas bajo cero, fue brevemente develado a medida que el fuego psíquico del loto de los mil pétalos (localizado en la dimensión superior paralela al área craneal) era impelido hacia abajo, en una corriente uniforme, hasta el plexo del ombligo. Al llegar a ese centro, un calor resplandeciente se extendió por todas las partes del cuerpo. Traté de pintar sobre el lienzo, con óleos y pinceles, la transparencia del cuerpo sutil. Los resultados, aunque interesantes, sólo eran crudas e inexactas representaciones materiales. En aquellos momentos que mi atención se desapegaba, en la atmósfera del salón resonaba un trueno. Estas breves y aisladas experiencias me bendijeron y elevaron sobre aquello, que de otro modo, hubiese sido una sórdida existencia.

RAYOS

Mis pinturas fueron expuestas en las Galerías Thompson, en Greenwich Village, junto con dos óleos originales, grandes y poco comunes de Gustave Doré, de quién podría decirse es el más grande ilustrador del siglo XIX. Famoso por sus asombrosos grabados de *La Rima del Viejo Marino*, *La Divina Comedia*, de Dante y *El Paraíso Perdido*, de Milton, Doré no era conocido por sus pinturas al óleo sobre lienzo, las cuales se caracterizaban en realidad por el uso sublime del color, la iluminación, la forma y la profundidad. Durante la recepción que se ofreció esa noche para inaugurar la exposición, cayó sobre la ciudad una terrible tormenta eléctrica. Ningún comprador ni crítico alguno apareció, ¡ni siquiera por el invaluable Doré! La exposición fue un fracaso.



EL CORO CELESTIAL- Grabado de GUSTAVE DORÉ

Aparte de unos pocos resplandores de luz trémula, los últimos tres años y medio habían sido la negación de todo aquello que era saludable y sagrado. Me había sumido en la oscuridad, las drogas y el alcohol, y el egoísmo, pero ahora estaba hastiado de los bajos fondos y mi salud se estaba deteriorando. Ansiaba la disciplina estricta y el orden. En esta encrucijada, me invitaron a las reuniones locales de Gurdjieff. Pasé los siguientes nueve meses estudiando ávidamente, bajo la tutela del filósofo-pianista Willem Nyland en Nueva York. Me gané el pan de diferentes maneras, como mensajero de una tienda, como empleado de una compañía de mudanzas y como mesero en un restaurante macrobiótico y al mismo tiempo exploraba nuevas dimensiones en el arte, las dietas, la salud y la espiritualidad.

RAYOS

Entonces, Nyland se acercaba a los ochenta años de edad y había pasado veinticuatro años de aquí para allá con el enigmático George Ivanovitch Gurdjieff en Francia, mientras trabajaba en espionaje para los aliados durante ambas guerras mundiales. Durante el segundo cuarto del siglo XX, Gurdjieff ejerció una poderosa influencia sobre algunos de los más renombrados escritores, músicos y pensadores occidentales. Simultáneamente, Nyland transmitía lo que había recibido y hasta entonces, era el mejor maestro que había conocido.

El Trabajo, como se conocían en la práctica las enseñanzas de Gurdjieff, contenían rastros de la Verdad recogida durante sus extensos viajes y estudios con los monjes sufíes y lamas en el Cercano y Lejano Oriente. Su enseñanza principal era que todos estamos “*dormidos*” y debíamos despertar en un estadio superior por medio de varias prácticas esotéricas, incluyendo la *auto-remembranza* y la *danza sagrada*. La danza involucraba movimientos sintetizados de Mevlevi y otras órdenes de derviches, que pretendían armonizar al participante consigo mismo y con el Cosmos.

Mientras me beneficiaba dentro del contexto de un grupo de apoyo con la práctica de la auto-remembranza, con un profesor avanzado y a solas, sentí que algunas de las ideas de Gurdjieff no tenían asidero. Él sostenía que el alma perecía con la muerte del cuerpo físico; que el hombre “no tenía alma, sino la posibilidad de desarrollar un alma”; que la reencarnación y la transmigración no existían y que comer carne desarrollaba la voluntad. El hecho de no estar de acuerdo fue el obstáculo para ganarme el cariño de ciertos miembros del grupo. Las técnicas de Gurdjieff pretendían sacudir a los estudiantes de su “sueño”, pero sus métodos a veces drásticos, han sido cuestionados. Eventualmente quedé varado en este misterioso desierto intelectual. Rafael Lefort, uno de sus discípulos directos, comentó más tarde: “Gurdjieff era más que un profesor, pero menos que un Maestro”¹. ¿Cómo podría encontrar y conocer un verdadero Maestro? ¿Cómo podría alguien tan ciego como yo encontrar el Camino?

Sin embargo, nueve meses de intenso estudio me premiaron con una visión más aguda. Estaba agradecido con las disciplinas mentales y de trabajo enseñadas por Nyland, la fortaleza del cuerpo a través del trabajo manual arduo y especialmente con una exposición profunda de los versos místicos inspirados de Jalal-u-'Din Rumi, un Maestro místico sufí del siglo XIII.

Rumi le recomendó a sus amigos la compañía del Amigo, pero, ¿Oh, dónde podría encontrar al Amigo?

RAYOS

*¡Amigo! Siéntate al lado de aquel
Que conoce la condición de tu corazón,
Y quién puede hacerlo todo;
Mientras tanto, descansa bajo la sombra
de un árbol cargado con flores frescas y fragantes.
No pierdas tiempo en el mercado,
yendo de un negocio a otro, como lo hacen los holgazanes.
Ve directo a donde aquel que tiene un almacén de miel.
¡Oh alma valerosa!, agárrate de las vestiduras
De aquel que conoce bien las regiones espirituales del camino,
Quién es tu verdadero amigo en la vida, o en la muerte;
En este mundo y en el próximo.
- Maulana Rumi*



Jalal-u'din Rum (una idea del artista sobre cómo podría haber sido él).

Estaba sediento del agua viviente, del oasis de alguien perfecto, de aquel con un *almacén de miel*, el cual según la opinión de Nyland, ya no existía. Él ridiculizó mi búsqueda de un Maestro perfecto, diciendo que era pura insensatez. Pero el anhelo de la Verdad se había incrementado y era muy candente. El tren del destino estaba acelerando y ahora no había nada que pudiera descarrilarlo.

RAYOS

Crucé caminos con el célebre poeta americano Allan Ginsberg en Greenwich Village. Recientemente él había regresado de la India y me prestó su copia de *El Evangelio de Sri Ramakrishna*, escrito por Mahendra², su discípulo y biógrafo. Este sublime tesoro espiritual afectó seriamente el curso de mi búsqueda ya que sus páginas me revelaron la imponente vida de Ramakrishna, el santo bengalí del siglo XIX. Su alto grado de iluminación era palpable en sus exquisitas expresiones, respaldadas por los registros de sus experiencias espirituales y reafirmado por los subsecuentes logros de sus discípulos directos. A medida que leía, me di cuenta como Sri Ramakrishna, como un acto consciente de Amor, usó su poder de comprensión para elevar la conciencia de sus discípulos cercanos. Algunas veces, una simple palmada en el pecho o una mirada penetrante podían ser suficientes para enviar a los estudiantes al *samadhi*, o estado de supra-conciencia. La vida santa e inmaculada de Ramakrishna me convenció más de la realidad del sendero espiritual, de la necesidad de un adepto viviente *competente* como guía y cuán necesario era disciplinar la mente y los sentidos. Su amorosa devoción y la unión mística directa con Dios, eran un llanto lejano desde el seco sendero espiritual en donde me encontraba.

Un patrón familiar fue emergiendo de un estudio imparcial de Ramakrishna y las vidas de otros santos verdaderos, que no obstante refutados, parecían ser populares en movimientos occidentales. Parte de este patrón conllevaba la sublimación del sendero de la energía, apartándola de los sentidos inferiores, elevándola e interiorizándola en los centros superiores dentro de la mente y en dimensiones del más allá. Estaba convencido de que la pureza y el autocontrol que personificaron a Ramakrishna, Buda, Jesús, Rumi y otros como ellos, eran necesarios para lograr el éxito en el sendero espiritual. Ésta no sería una empresa fácil, porque los poderosos corceles de los cinco sentidos, continuamente arrastran la atención hacia abajo y hacia afuera, hacia el mundo de la materia y la ilusión. Esta tendencia mundana va en contravía del flujo interno centrípeto y ascendente, de regreso a nuestro Origen divino.

Tres semanas después, cuando le devolví *El Evangelio* a Allen, él estaba rebosante de alegría, me explicó, “La noche que usted me pidió prestado el libro de Ramakrishna, los ladrones entraron a mi apartamento y me robaron toda la colección de libros. ¡Fue muy benéfico que me hubiera pedido prestado el libro de Ramakrishna! ¡Fue el único libro que no me robaron!”. Y yo pensé, “¡Muy benéfico para mí también!”

RAYOS



Sri Ramakrishna saliendo del samadhi

Mi búsqueda de la transformación hizo que el alcohol, las drogas y los cigarrillos se desvanecieran como pieles muertas. Sentí que la carne animal era algo indeseable para mi cuerpo. Primero la carne roja, luego el pescado, las aves y aún los huevos fueron descartados y reemplazados por la abundancia del reino vegetal. Aceptando la disciplina de la continencia, con la ayuda del Divino tan constantemente implorado, le di la espalda a mi vida anterior y nunca miré hacia atrás. Gracias a esta nueva forma de vida, la vitalidad en mi cuerpo se renovó, varias enfermedades desaparecieron y con ellas, hasta mi apariencia de anciano demacrado.

Un inesperado encuentro con un antiguo conocido en una congestionada calle de un barrio bajo de Eastside, validó mi nuevo curso ya que escuché la espeluznante noticia sobre un amigo mutuo, un talentoso escritor de veintiún años de edad, quién fue hallado muerto en su apartamento por una sobredosis de droga. Después de tomar caminos diferentes, mi corazón, aunque entristecido, rebotaba de gratitud por haber sido perdonado y permitírsele la gran búsqueda que tenía por delante. Nunca más tocaría ni echaría de menos las carnes, drogas, ni bebidas alcohólicas.

Somos criaturas de hábitos, y a menos que tengamos un atisbo de algo más grande, es difícil o imposible abandonar lo más pequeño.

RAYOS

Un sabio anónimo ha dicho:

*Siembra un pensamiento, cosecha una idea;
Siembra una idea, cosecha un hábito;
Siembra un hábito, cosecha un carácter;
Siembra un carácter, cosecha un destino.*

Mi búsqueda me condujo hasta un amable y erudito monje Swami Indio del Centro Vedanta de Ramakrishna en New York, como también a las reuniones con los devotos de Sri Aurobindo y la Madre³. Los Ecos de la Verdad estaban inmanentes en las palabras de Aurobindo, en aquello que él llamaba la *Luz de la Super-mente*, pero él tampoco estaba ya en este plano terrenal. Cada paso alentador, me acercaba más a la *vida* de la Luz. No importaba en particular a cuál grupo o práctica espiritual me acercara, porque cada vez que cerraba mis ojos, experimentaba la envolvente Luz universal. Fui a la iglesia de Swedenborg a estudiar las enseñanzas de este místico occidental del siglo XVIII y con frecuencia escapaba de las ruidosas y concurridas calles para orar y meditar en las catedrales católicas. Aunque estas estaban inspiradas por grandes maestros y sus enseñanzas, al igual que las estatuas de los santos, las iglesias y escrituras eran silenciosas y carecían de vida. Inspiradoras pero *sin vida*. Mi anhelante corazón emitía en todas las direcciones: “¡Señor, envíame un verdadero Maestro, un Maestro viviente!”

¿A dónde ir? Todos los grandes Maestros ya habían partido de este mundo, o así parecía ser. ¿Dónde estaba el Maestro *viviente*? ¿Estaría él o ella en algún desconocido monasterio o en un pueblo de Turquía, Tíbet, Japón o India? No tenía ninguna pista. A mi modo de ver, dadas las condiciones los Estados Unidos no parecían ser el lugar favorable para este tipo de desarrollo, entonces puse mi mirada en el Oriente. Busqué trabajo en los astilleros, a bordo de algún buque carguero con rumbo al Oriente, pero todas las puertas estaban cerradas. Decidido a no aceptar a nadie más que no fuera un Cristo, un Ramakrishna, un Buda, o un Rumi viviente, estaba determinado a buscar y buscar hasta encontrarlo. Uno no *encuentra* a un Maestro. Con el tiempo, en respuesta al llanto del alma, *el Maestro encuentra al discípulo*.

-
1. Rafael Lefort, *Maestros de Gurdjieff* (De acuerdo con fuentes internas, Rafael Lefort era el seudónimo del conocido autor y profesor de las enseñanzas de Gurdjieff, J.C. Bennet).
 2. Ramakrishna, el Santo Bhakta de Calcuta, no debe confundirse con el movimiento Hare Krishna.
 3. Sri Aurobindo fue un importante filósofo indio, un gigante intelectual, patriota, místico y fundador de la gran comunidad espiritual en Pondicherry, India. La Madre, una mujer francesa carismática y poderosamente espiritual, sucedió a Aurobindo.